

Acércate falso duque -dijo el espíritu de la cueva con su voz casi inaudible- la historia que he de contarte tuvo lugar hace mucho tiempo, en los inicios de la raza humana, cuando la empatía se regalaba en lotes y el odio aún no había nacido.

Por aquellas épocas, el habla no existía como hoy lo conocemos. La gente se comunicaba con gestos y sólo eran capaces de pronunciar con la boca sus propios nombres.

Nuestra historia tuvo lugar en una de las ciudades primigenias del mundo, cuyo nombre, casi irónicamente, era Origen. Rodeada de dunas desérticas y mesetas, Origen era calurosa pero acogedora, resultando familiar incluso para los extranjeros. Dicen que el viento les tenía un cariño especial, por eso soplaba suaves brisas sobre el pueblo. Cuentan las lenguas más entendidas, que los *originarios* convivían con armonía y paz, pues no habían conocido el miedo. Al menos hasta aquel pavoroso día.

El alba aún cubría el cielo con su melancólico velo cuando los habitantes divisaron una figura humanoide sobre la duna más alta de las afueras. Poco podía distinguirse del sujeto. Una insólita brisa a contracorriente sacudía sus vestiduras con una elegancia sobrenatural, como si docenas de manos invisibles sacudieran sus telas. Lentamente y con pasos alargados, el desconocido se aproximaba más a la ciudad y, visto más de cerca, no parecía mantener una forma definida. Era alto y flaco para algunos, monstruoso para otros. De ojos atormentados, de dulces facciones o rasgos añosos. Una niña, un bufón, una embarazada o hasta un coyote. Nadie se ponía de acuerdo en la descripción del extraño, y aún menos en cuáles eran sus intenciones. Con sosiego se adentró en la ciudad, desafiando a todas las miradas que intentaban descifrarlo.

Los originarios que aún dormían se habían despertado por el silencio sepulcral de Origen, y ya asomaban sus cabezas por ventanas y puertas, uniéndose al público observante.

Una niña valiente y risueña se acercó con entusiasmo al visitante, quien había adoptado la forma de una bella mujer, se arrodilló y preguntó, a través de señas, el nombre de la infanta. Con confianza esta pronunció:

-Inocencia.

La dama cerró los ojos y alzó el rostro al cielo. Gran sorpresa se llevó el pueblo cuando bajó la mirada, pues la niña había desaparecido.

Un murmullo de gestos recorrió el gentío. La multitud se agitó, en parte buscando a Inocencia, en parte huyendo de la maga.

Bajo la forma de un bisonte, se aproximó a su siguiente víctima: un hombre decaído con lágrimas en los ojos. También preguntó por su nombre, y esta vez la respuesta fue Tristeza. Al cabo de un abrir y cerrar de ojos del animal, el joven había desaparecido.

Con paciencia imperturbable, el mago continuó preguntando uno a uno el nombre de cualquier originario. Incapaces de resistir el hechizo, se esfumaban apenas pronunciaban su nombre. Ojos, flor, templanza, dueño, hijo o carisma eran algunos de los nombres que el desconocido convertía en vocablos. Desde el extremo sur al norte de Origen, la pandemia de palabras se extendía invasivamente, sorprendiendo incluso al más precavido. Las personas intentaban escapar del pueblo como podían, mas no pasaba mucho tiempo hasta que el caminante se cobraba otra vida, transformando su nombre y esencia en una palabra utilizable.

Habían pasado dos años y dos meses desde la llegada de aquel extraño ser. Y esta vez, otra figura desfiló el horizonte. Se trataba de una joven princesa de ojos profundos. Era una diestra militar de sable color marfil y una mañosa jinete de severas riendas que montaba a lomos de un caballo moro. Cuenta la historia que su hermano era el mismísimo miedo, pero su mano derecha el honor, y con el tiempo había aprendido a librar sus batallas siempre que defendiera las causas justas.

En las puertas de la ciudad, se quedó paralizada ante lo que presenciaban sus ojos. El halo gris del abandono reinaba las calles. Solo algunos habitantes sobrevivían a los ataques del cambia formas, quien aún deambulaba bajo la apariencia de una chamana por el lugar. A paso de trote ligero se aproximó a esta, a la vez que contemplaba la decadencia y restos de lo que alguna vez había sido la ciudad de Origen.

Como si pudiera verla con un tercer ojo. La maga volteó su cabeza y clavó su mirada en la de ella. Una sensación de malestar recorrió a la princesa, la inconfundible huella de la magia oscura.

-Dime tu nombre -dijo la hechicera, sonriendo con malicia.

La hechicera repitió la orden un par de veces más, impacientándose cada vez que lo decía. Pero la heroína ni se inmutó, en cambio cerró los ojos y desenvainó la espada con su mano derecha.

La verdad era que la princesa tenía un secreto, un que la cambia formas no conocía. No poseía nombre alguno, pues su destino se remontaba a este preciso momento. Por otra parte, ella sí conocía el secreto de la maga. Hacía tiempo había sido maldecida a portar el nombre de todo lo humanamente pronunciable. Así la guerrera no respondió nada, pero apuntó con el sable a la mujer y, luego de una larga pausa, pronunció las únicas palabras que alguna vez diría.

-Dime tu nombre cambia formas. Confiesa tu esencia, espíritu. Desde hoy, yo te destierro a lo abstracto, hijo del ocaso, madre del habla. Serás uno con la escritura y la voz, condenado a lo eterno. En adelante, vivirás solo cuando alguien pronuncie palabra.

Una tormenta de arena brumosa cubrió la ciudad al cabo del discurso. La luna y el sol se retiraron, pues no querían presenciar tan horrible destino. Las copas de los árboles se curvaron, arrastrados por el viento. Se dice que las aves cantaron más alto que nunca, entonando notas imposibles, casi mágicas.

Cuando el ambiente ya se había calmado y la tormenta de arena se disipó, el cuerpo de la hechicera se dispersó en infinitas volutas doradas que surcaron el aire. Poco a poco, llegaron a todos los rincones de la tierra, cubriendo con su don la garganta de casi todos los humanos, originando así el habla.

Irónicamente, la pandemia de palabras solo acabó cuando inició otra más grande, potente y perpetua. De aquel primer idioma primigenio, la lengua de Origen, surgieron todos los lenguajes que alguna vez existieron y existen, difundándose a través del viento.

-Ahora entiendes, joven -finalizó el espíritu- Las palabras no son simples letras relacionadas. Son almas como todos, constituidas de vida y merecedoras de respeto. No has de utilizarlas en vano, pues alguna vez fueron humanas y aún conservan la gracia de la razón.

*Aka.*